



Christian Salmon
**La era del
enfrentamiento**

Del *storytelling* a la ausencia de relato

Christian Salmon
La era del enfrentamiento

Del *storytelling* a la ausencia de relato

Traducción de Francisco López Martín

ediciones península

Título original: *L'Ère du clash*

© Librairie Arthème Fayard, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: noviembre de 2019

© de la traducción del francés, Francisco López Martín

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionспенinsula@planeta.es

www.edicionспенinsula.com

PAPYRO - fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B. 20.068-2019

ISBN: 978-84-9942-856-7

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
LA LÓGICA DEL ENFRENTAMIENTO

11

SEGUNDA PARTE
LA ESPIRAL DEL DESCRÉDITO

77

TERCERA PARTE
LA GUERRA DE LOS RELATOS

141

CUARTA PARTE
LA ZONA CERO DEL RELATO

187

EPÍLOGO

239

Notas

267

Agradecimientos

285

En una de sus novelas, el escritor albanés Ismail Kadaré ha imaginado una institución singular. Se trata del Palacio de los Sueños, cuya misión es conservar los sueños de todos los súbditos del sultán.¹ En cada provincia del Imperio, una red de funcionarios peina las ciudades y los pueblos para coleccionar los sueños de sus habitantes. Una vez transcritos, se transmiten al Palacio, donde son objeto de un tratamiento complejo, dividido en varias fases de clasificación, filtrado y selección tras las que solo queda un pequeño número de sueños considerados aprovechables. Estos son cuidadosamente analizados e interpretados por la Administración, que, cada semana, elige de entre ellos el «sueño esencial», el fermento de inconsciente más poderoso, el que tiene un potencial más subversivo, pues deja entrever el final del Imperio y de su tirano. La máquina de interpretar los sueños nunca se detiene; cada noche produce una nueva remesa que habrá de cribarse.

Hace mucho que se conoce la importancia de los sueños y de su papel en la anticipación del destino colectivo. Pensemos en el oráculo de Delfos en la Grecia antigua, en los célebres quirománticos romanos, asirios, persas, mogoles, etc. Sin embargo, el Palacio de los Sueños de Kadaré manifiesta una ambición mayor. Se trata de apoderarse y de interpretar el inconsciente de toda la sociedad con el fin de conjurar las amenazas, eliminar a los opositores y desbaratar complots.

El papel de nuestro Palacio de los Sueños consiste en clasificar y examinar no los sueños aislados de ciertos individuos que tienen en la práctica el monopolio de la producción mediante la lectura de los signos divinos, sino el *Tabir* total, es decir, la totalidad de los sueños del conjunto de los ciudadanos, sin excepción. Se trata de una empresa grandiosa, a cuyo lado las castas de profetas o los magos de antaño parecen irrisorios.

Quien está al frente del Palacio de los Sueños tiene el poder.

«Desde hacía mucho tiempo tenía yo ganas de construir un Infierno», explicó Kadaré tras la publicación del libro. Sin duda, un proyecto demiúrgico: la conquista del inconsciente colectivo.

Toda pasión o idea malvada, toda calamidad o crimen, toda rebelión o catástrofe proyecta necesariamente su sombra mucho antes de manifestarse en la vida real. Por eso está prescrito que ningún sueño, aunque haya surgido en los confines más recónditos del País y en la criatura más insignificante para Alá, puede eludir su examen.

El Palacio de los Sueños tiene como único objetivo conjurar la incertidumbre. Se trata de un costoso dispositivo concebido para lograr una transparencia total en el espacio y en el tiempo. Prever el futuro. Prevenirse contra él. Rizar lo posible sobre sí mismo. No solo controlar, sino neutralizar la experiencia. El Palacio de los Sueños es un nuevo tipo de prisión: la prisión de lo Posible.

Evidentemente, la historia acaba mal. El protagonista, que ha tenido una carrera fulgurante en esa Administración tan especial, llega a descubrir en el almacén de los sueños acumulados el sueño fatal, el que anuncia el hundimiento del Imperio y desencadena las anticipaciones autodestructivas de la clase dirigente, en la que todos se esfuerzan en sacar partido del hundimiento, contar con la caída del Imperio, comportamientos que provocarán la espiral del descrédito.

Kadaré se ha tomado la precaución de situar su heterotopía en un pasado lejano y no en un futuro próximo, a diferencia de lo que

ocurre en 1984, de George Orwell, o en los relatos de Philip K. Dick, como *Minority Report*. *El Palacio de los Sueños* se publicó en Albania en 1981, en vida de Enver Hoxha, el dictador albanés. La novela no habla solo de la censura y de su aparato burocrático en los tiempos del dictador comunista, sino también de nuestro mundo actual. Esta heterotopía, que en el momento de su publicación se interpretó como una metáfora del sistema totalitario, se ha entendido, desde hace más de una década, como la prefiguración de nuestro mundo, transformado por la revolución digital. La ficción de Kadaré se ha convertido en realidad. El Palacio de los Sueños existe: es la metáfora del «procesador». Lo que parecía utópico en el momento de la publicación del libro ha llegado a ser banal en la era del *big data* (macrodatos) y de los algoritmos. Recientemente se ha utilizado un algoritmo para producir veintidós segundos de imágenes en tiempo real a partir de la actividad cerebral —un sueño— de una persona dormida a la que le colocaron unos sensores. Lo que a partir de ahora se despliega es también el espíritu de nuestra época, a través de las redes sociales, diseminado en mil datos que se clasifican, se seleccionan y se transforman en perfiles y en normas de comportamiento. Su ideología espontánea: anexionar y reabsorber lo posible. Dominar el poder que configura lo inconsciente, sus libres asociaciones, la trama de sus imprevisibles variaciones.



Es un imperio sin fronteras. No aparece representado en los atlas, al este o al oeste, al norte o al sur. Sin embargo, dentro de poco gobernará el planeta. No tiene un territorio dotado de contornos precisos. Y se lo reconoce menos por sus coordenadas que por su capacidad de desorientación. No tiene ejército ni moneda propia, pero cuenta con miles de millones de individuos que hablan todas

las lenguas del mundo. No se parece a ningún imperio conocido en la historia. Sin embargo, no es un lugar imaginario, una de esas Atlántidas hundidas que nutren la imaginación de los seres humanos. Es real. Hiperreal o, más bien, infrarreal, como las células del cuerpo humano, o las redes de neuronas, o los agregados de átomos de un cuerpo químico. No es visible a simple vista. Tampoco él nos ve a nosotros.

Se trata de una red de cajas negras con las que nos encontramos en interacción permanente. Evitemos nombrarlo: su poder estriba justamente en su anonimato. Registra los datos que producimos, codifica nuestros comportamientos, observa nuestros gestos rutinarios, archiva nuestros gustos y preferencias. Y construye un mundo a nuestra imagen y semejanza, el mundo que corresponde a nuestros hábitos registrados; y, si cambiamos, cambia insensiblemente, modifica sus protocolos por la magia del *feedback loop* (retroalimentación) o del *deep learning* (aprendizaje profundo), procesos que permiten modificar de modo automático los modelos por retroacción.

¿Tiene el Imperio súbditos, sujetos? Sí y no. Si por súbditos entendemos ciudadanos de carne y hueso, no, no tiene. Pueden existir fuera de su campo de interacción, pero nada son a sus ojos, no los «calcula», como se dice, al menos no de ese modo, pues solo cuenta lo que es calculable en ellos. ¿Es posible llamar a eso «sujetos»? Nada hay menos seguro. ¿Se trata de individuos? Si lo son, es tan solo como fuentes de datos que emiten series estadísticas y flujos, ordenados según principios poco claros, métodos consignados en artículos de matemáticas que nadie consulta. De todas formas, no vale la pena saber más, puesto que el sistema funciona sin ellos, sin los interesados, sin el conocimiento ni la acción de los individuos. Soberanía impersonal del Imperio.

Su divisa es «borrar el rostro». Para empezar, el suyo, pero también el de sus «sujetos». Su potencia estriba en ese poder desfigurador. Cuenta con instrumentos para ello —por ejemplo, el análisis

facial—, pues el Imperio solo reconoce cuerpos-datos, cuerpos-códigos, egos experimentales dotados de prótesis digitales, identificables en toda circunstancia, en todo instante: individuos intermitentes, transitorios, en curso de tratamiento, cuyos datos están en proceso de estructuración. Rastros digitales deglutidos, calculados, de los que se eliminarán las irregularidades, las discrepancias que bloquean la máquina algorítmica... Emisores de signos, por lo tanto. Perfiles sin profundidad. Egos geolocalizados.

Ese Imperio se reconoce menos por la continuidad espacial de su territorio y por las lenguas que se hablan en él que por los territorios que borra. No es un imperio conquistador, sino que se contenta con borrar los espacios que le resultan ajenos. Todo lo que escapa al cálculo. No coloniza los pueblos que se anexiona. Se contenta con aportarles la luz de las redes, con sumirlos en un baño de informaciones, de emociones, de pensamientos, de recuerdos. Es un poco como un bautismo por inmersión. Un bautismo digital que hace penetrar en el conocimiento y la comunidad del Imperio. Y todo mediante un sencillo acto de fe. Basta con adherirse a su mundo y abrirse a sus aplicaciones. Ellos nos guiarán por el camino de las interacciones. Un simple clic basta para que se nos geolocalice, para dar acceso a nuestros datos, es decir, a nuestros deseos, a nuestros pensamientos. A cambio, el Imperio nos reconoce. Cede a nuestros deseos más contradictorios. En adelante, tenemos un perfil. El Imperio sabe lo que hacer con nosotros. Tiene lo que nos falta. En ese Imperio no hay emperador o, simplemente para mantener las formas, lo que hay es un simulacro de emperador, un maniquí sin poder que emite signos en la noche digital, signos de autoridad, de rigor, de eficacia. Y eso colma nuestra espera de signos de autoridad, de rigor, de eficacia. Eso es lo esencial. Un día no serán necesarios. Entonces habitaremos la alucinación total del Imperio.



Las temibles GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft) son las sucesoras de los inspectores del Palacio de los Sueños de Ismail Kadaré. Sin embargo, no tienen rostro humano y son mucho más eficaces en su trabajo de inventario. Registrar y analizar permanentemente el inconsciente individual y colectivo es, desde hace diez años, el meollo de su proyecto. Consideran que la acumulación de cantidades enormes de datos brutos (guardados en hileras de servidores ubicados en almacenes, los llamados *datawarehouses*) permitirá modelizar con toda precisión, como nunca se ha hecho antes, todos los comportamientos y comprobar la pertinencia de sus modelos gracias al poderío de los algoritmos, lo que debería conducir a una modelización perfecta: una modelización que determine con el mínimo margen de error posible la interacción entre el individuo y las máquinas que lo acompañan, una modelización que asegure una fiabilidad de la máquina superior a la del individuo. Los programas que desarrollan pretenden prever la mayoría de los fenómenos sociales y de los comportamientos humanos. Lo ignoramos todo de esos algoritmos que nos observan y nos informan sin cesar. Pocos conocen las ciencias de los datos, de los miles de páginas de código que organizan la recogida y el análisis de nuestros comportamientos. Sin embargo, los algoritmos están por todas partes, velan por nosotros, nos analizan y nos tratan, nos asisten en todo momento y, sobre todo, nos vinculan con otros individuos dotados de aparatos similares (iPhone, iPad, GPS, teléfonos inteligentes y ordenadores). Las pulsiones, los sueños, los deseos, los proyectos, las costumbres, los grupos, los comportamientos a la hora de comprar, los gustos, las preferencias sexuales, los *habitus*... Todo es objeto de cálculos.

Heidegger distinguía entre el «pensamiento calculador» y el «pensamiento del ser». Con las GAFAM y la automatización del tratamiento de los datos a gran escala, también llamada inteligencia artificial, el primero ha tomado la delantera. El pensamiento calculador ha penetrado, uno tras otro, en todos los ámbitos de actividad, empezando por el de la política, definido clásicamente como el que organiza las formas de preparar, adoptar y ejecutar las decisiones, y que cada vez se apoya menos en la deliberación y la regulación de las conductas: la política confía cada vez más en los «procesos de toma de decisiones» que, por medio del cálculo, prometen la obtención de «soluciones», es decir, de resultados «optimizados». Dado el avanzado estado del proceso de tecnologización, el proyecto de controlar lo posible, y no solamente lo real, ha dejado de parecer una entelequia. Así se crea un nuevo ambiente social, autoalimentado de modo permanente por sus propios datos: la conexión sustituye al contacto, la interacción a la relación, la adicción a la concentración y la suma de informaciones al intercambio de experiencias.

Hasta ahora vivíamos en un mundo complejo, presa de las pasiones humanas, de las ambigüedades del deseo. La experiencia nos tendía trampas que no siempre sabíamos evitar. Había que rehacer el camino varias veces, volver sobre nuestros pasos. Elaborar tácticas. Elucidar enigmas. A partir de ahora, el camino está señalizado. El Imperio nos guía por los caminos de la vía digital. Nos informa de los recursos de los que disponemos. Es a la vez el medio que nos resulta propio, el hábitat digital que nos construimos, el exoesqueleto que secretamos y el espacio de nuestras interacciones sociales: es ese espacio sin intimidad. Nos aconseja sobre las maneras de sentirse apreciado, sobre cómo ser populares; nos ofrece los formatos de nuestra exhibición. Conoce nuestros deseos, reconocibles por

los datos que producen, la frecuencia de su emisión, su traducción estadística en la caja negra de los ordenadores, las estelas de cifras canalizadas y tratadas mediante algoritmos.

El Imperio no se parece a ningún otro de la historia. Es un imperio sin súbditos ni poderes. Una soberanía anónima, como un dios invisible y omnipresente. El hipercontrol que se despliega al margen de la esfera institucional —que era la de la política— se suma al ideal utópico de la burocracia. Se ha apoderado del meollo del individuo.

El Palacio de los Sueños de Kadaré, sus funcionarios y su universo de papeleo estaban sometidos a la pesadez de los procedimientos burocráticos. El Palacio de los Sueños seguía siendo humano en razón de sus mismos errores, de las imperfecciones de su maquinaria administrativa, de la avaricia de sus chupatintas, inquietos por su poder y sus privilegios. El gran cálculo del «Sueño esencial» estaba minado desde dentro por los pequeños cálculos del sultanato. Y eso es lo que permite a Kadaré contar el relato de sus afrentas. Un relato tejido por intrigas. Una novela de formación sobre el poder.

En el Imperio de las GAFAM no hay relatos, ni contactos, ni concatenación, ni tensión narrativa con resultados imprevisibles. El cálculo produce un resultado siempre concordante. Lo que el Imperio ha eliminado es el espacio mismo de la incertidumbre, la distinción entre lo verdadero y lo falso, la realidad y la ficción, la posibilidad de simbolizar, de relatar. El Imperio nada tiene que ver con la novela. Lo que interesa al cálculo es calcular. Calcular las pulsiones de los unos y los otros y transformarlas en compras compulsivas. «Perfilar» los comportamientos, encontrar continuidades y regularidades. Extrapolarlas. Prever las evoluciones. Rizar lo posible sobre sí mismo.

Eric Schmidt, director general de Google, lo afirma sin titubear: «Sabemos básicamente quién eres, qué te interesa, quiénes son tus amigos. La tecnología llegará a estar tan lograda que será muy difícil que alguien vea o consuma algo que no se haya programado en cierto modo a su medida».²

Todo lo que alimentaba los relatos sobre el mundo, la parte problemática de la existencia humana, ha sido absorbido, adoptado y resuelto eficazmente por los algoritmos. El accidentado espacio de nuestra vida se ha aplanado, arreglado y transformado en un espacio liso y fluido, en el que ya no podemos dar forma al mundo mediante el relato. Han desaparecido las singularidades, las discontinuidades, las diferencias, aplanadas por algoritmos cada vez más potentes e ingeniosos. Las ambigüedades se han disuelto en el flujo digital del *big data*, pero la digitalización de la experiencia tiene un límite, al igual que en toda división hay un resto, y ese resto es explosivo. Todo lo que ha sido pacificado por los algoritmos resurge en otra parte bajo una forma caótica y salvaje. Se multiplican las convulsiones, conforme a una lógica que ya no es política, sino simbólica, y el poder, o lo que queda de él, ya solo tiene una función defensiva: liquidar toda resistencia a ese asalto a lo posible.